

Fuego Oculto

El renacer
de una mujer



Deborah Luzige

Título original: Fuego Oculto
Autor: Deborah Luzige
Año de ésta publicación: 2016
Segunda Edición

Todos los derechos reservados @DeborahLuzige. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Diseño de Portada: Deborah Luzige.

Capítulo 1

El dolor de espalda la estaba matando. En realidad ya se le había extendido al cuello, hombros y lumbares. Las pastillas ya no le hacían efecto y tenía miedo de seguir aumentando la dosis sin consultar a nadie.

Sabía lo que le iban a decir: ¿Por qué no vas a hacerte unos masajes? Conozco a tal y cual, bla, bla, bla. Ya se lo habían dicho varias compañeras de trabajo, la habían llenado de tarjetas y panfletos.

Pero la última vez que fue las cosas no habían salido bien. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al evocar de forma involuntaria ese doloroso recuerdo. Se tomó un par de pastillas más a pesar de que ya se sentía soñolienta y salió a la calle.

Ana era una chica de veintidós años muy retraída. Se dedicaba por completo al trabajo en los archivos de un gran estudio de abogados. El sueldo era bueno y le permitía estar sola la mayor parte del tiempo, cosa que le gustaba.

Siempre iba con ropa suelta en tonos grises y negros y llevaba su pelo rojo atado en una especie de moño desalineado. Pocos conocían el color miel de sus ojos ya que casi no hacía contacto visual con las personas.

Era viernes alrededor de las seis de la tarde y se dirigía a hacer las compras al supermercado. Se sentía muy cansada y con mucho sueño, casi no prestaba atención a lo que estaba pasando a su alrededor. Estaba esperando a que la luz del semáforo se pusiera en verde. Le costaba un poco enfocar a decir verdad. Apenas cambió, empezó a cruzar la calle sin darse cuenta del pequeño camión de carga que venía cruzando a su derecha. Tampoco oyó los gritos desesperados de las personas que estaban detrás de ella.

De repente sintió que la atropellaban en dirección perpendicular a la calle. Por suerte había sido alguien y no algo. El camión clavó los frenos siseando en la calle y después continuó su marcha. De milagro nadie había salido herido.

“¿Qué pasó?” Pensó desorientada y sintiéndose extraña. Al segundo siguiente, todo se puso negro.

Capítulo 2

Cuando se despertó estaba en un apartamento parecido al suyo pero no era el suyo. Lo que primero notó diferente fueron los muebles pero después, los tonos del atardecer que entraban por la ventana y lo despejado y luminoso que se veía todo.

Intentó incorporarse en el sillón pero no lo consiguió: ese maldito dolor. Estaba aturdida. Alcanzó a lanzar un quejido lastimoso y en ese momento apareció ante sus ojos una figura masculina. Era bastante alto, de espalda ancha y con el pelo corto. Apenas pudo enfocar, lo reconoció de inmediato: su vecino el médico.

De las poquísimas veces que Ana había llevado compañeras a su casa se habían quedado embobecidas con él. Quisieron saber de todo pero la verdad era que ella apenas si cruzaba palabras con él. Con él o con nadie. Lo único que sabía era que vivía solo.

—¿Estás bien? —Le preguntó.

—Sí —respondió ella con una voz pastosa. —¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?

—Estás en mi apartamento y casi te atropella un camión —su voz sonaba, ¿molesta?

—Recuerdo que alguien me empujó, ¿fuiste tú?

—Sí.

Se sentía bastante avergonzada, quizá por la dura mirada que él le estaba dando.

—Gracias —alcanzó a decir muy bajito.

—Esto que estás tomando es un calmante muy fuerte.

Agitó el frasquito de pastillas frente a sus ojos.

—¿Cada cuánto te lo tomas y en qué dosis?

—Tomé dos antes de salir de casa y una al levantarme. —De pronto, cayó en la cuenta. —¿Revisaste mis cosas?

Quiso levantarse, tomar su bolso y salir corriendo pero no pudo, estaba demasiado drogada y adolorida.

—Con razón andas como un zombie. Y no revisé tus cosas, salieron volando de tu bolso cuando evité que te pisara el camión. Quédate ahí. Voy a buscar mi maletín para revisarte.

“¿Revisarme?” pensó. “No voy a dejar que me toque. Ni él, ni nadie, nunca más.”

Hizo todo el esfuerzo que pudo para levantarse del sofá y tambaleándose llegó a la mesa donde estaba su frasco de pastillas. Lo manoteó y se dirigió hacia la puerta. Cuando tanteó el pomo, él apareció.

—¿A dónde vas?

Ella empezó a girar pero sus piernas le fallaron y cayó de rodillas al piso. Él se apresuró para tomarla en brazos y se la llevó pero ésta vez a su cuarto.

Ana estaba muy confundida, pero pese a eso se puso histérica. El corazón le iba a mil por hora, sudaba frío y tenía escalofríos. Los escasos metros hacia el cuarto del doctor parecieron eternos.

“Otra vez en esa situación, otra vez vulnerable. Tengo que escapar, huir antes de que me hagan daño de nuevo.”

Él la apoyó delicadamente en la gran cama y en cuanto hizo eso, ella sacó fuerzas de quién sabe dónde y se arrinconó contra el respaldo de la cama. Estaba muy asustada, hecha un ovillo. Él entendió de inmediato que algo más estaba pasando.

—Tranquila —le dijo con voz suave.— No te voy a lastimar. Sólo quiero asegurarme de que estés bien.

Ella tenía encendido su instinto de supervivencia. Ojeó rápidamente a su alrededor en busca de algo con qué defenderse. En la mesita de luz había una navaja antigua. La tomó sin dudarle, la abrió torpe pero rápidamente y la apuntó contra el doctor.

Él levantó las manos pero no se movió de donde estaba.

—Ana —su voz era grave, casi hipnótica.— Deja esa navaja, no te voy a lastimar.

—No me vas a tocar —dijo ella negando con la cabeza. Temblaba. La adrenalina estaba desbordada.

Él estudió la situación por unos instantes y se decidió a desarmarla. Se acercó despacio, muy despacio. La miró fijamente como tratando de convencerla de que se rindiera. Ella no podía abandonar esa mirada penetrante. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, se lanzó sobre ella. Le atrapó la muñeca que sostenía el arma contra la cama y la obligó a abrir la mano. La navaja cayó al piso y se metió bajo el armario.

Inmediatamente Ana rompió en llanto. Él la liberó y ella volvió a hacerse un ovillo, ésta vez con la cabeza hundida entre sus brazos.

—No me lastimes, no me lastimes —decía con una voz ahogada.

Él estaba viendo por dónde podía acceder a ella. Vio sus dedos, blancos por la presión que estaban ejerciendo y los envolvió con sus manos. Estaban helados. Ella se tensó aún más y negaba susurrando una y otra vez.

Él intentó tranquilizarla, hablándole con voz suave.

—Ana, soy Marcos. No me tengas miedo. Soy médico. Sólo quiero ayudarte a que te sientas mejor.
—Al no tener respuesta de la muchacha, volvió a insistir.— Ana... Déjame revisarte.

—¡No! —Contestó ella de forma rotunda, con la cabeza aún hundida entre sus brazos.

Él suspiró pesadamente, comenzando a frustrarse. Decidió ponerse más firme porque con pura amabilidad no estaba llegando a ninguna parte y ya estaba empezando a preocuparse por el estado de Ana.

—Me estás dejando sin opciones. Voy a revisarte por las buenas o por las malas y realmente no me gustaría sedarte más de lo que ya estás.

Eso la hizo reaccionar. Lo que menos quería en esta situación era estar inconsciente. Dejó de sollozar y aflojó su cuerpo con un largo y sentido suspiro. Pero no sin sentirse muy nerviosa.

Capítulo 3

—Tengo mucho frío —le dijo ella levantando apenas la vista. Él encendió la calefacción.

—¿Vas a dejar que te revise? —le preguntó con una sonrisa complaciente.

Ella sonrojada asintió. Aún se sentía muy tensa pero entre la amenaza del médico y lo agotada que estaba, simplemente no se podía resistir más. Se recostó en la cama con una mueca de dolor. Ahora que la adrenalina había bajado, volvieron los dolores.

—¿Dónde te duele?

—La espalda.

—Trata de ponerte de costado.

Así lo hizo. Le subió la blusa casi hasta los hombros y empezó a palparla por todas partes. Ana no podía evitar estremecerse con aquel contacto. Sus puños estaban cerrados muy fuertes, le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes y sus pies se retorcían, luchando uno con otro. Era un total amasijo de nervios. Esto no pasó inadvertido a los ojos de Marcos pero intentó seguir con el examen.

—¿Por eso tomas los calmantes?

—Sí —respondió bajito.

Le hizo unas preguntas sobre frecuencia, lugar exacto y niveles de dolor.

Luego le bajó la blusa y le dijo que se diera vuelta.

Le levantó la blusa por delante, hasta la altura de los pechos aún cubriéndoselos. Ana lo dejaba hacer pero no estaba tranquila. Su puño cerrado arrugaba las sábanas, tensando los músculos de su antebrazo una y otra vez.

La auscultó con el estetoscopio en varias partes de su pecho, entre sus senos, más arriba, más abajo. Lo dejó a un lado y le presionó el vientre y el estómago. Ana quería que toda aquella tortura terminara.

Le bajó la blusa, le tomó la presión y después se puso a estudiar su cara. Le dijo que sacara la lengua, la miró con una espátula y con ambas manos al costado de su cara le revisó sus ojos. Aflojó sus pulgares y la miró detenidamente muy de cerca. Ana no lo resistió más, bajó la suya y una lágrima se escapó, rodando por sus pecosas mejillas.

—Te ves muy cansada. ¿Has dormido bien?

—No —dijo en un tono casi inaudible.

Marcos murmuró.

—¿Calambres en el estómago?

—No.

—¿Náuseas, vómitos?

—Sí y no.

—¿Diarrea?

—Un poco —contestó avergonzada.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

No contestó.

—Ana —la increpó con tono firme.

—Ayer.

—¿A qué hora?

—Cena

Él suspiró y negó con la cabeza.

—¿Y qué cenaste?

La miraba impaciente.

Ella presentía que no le iba a gustar su respuesta pero estaba demasiado agotada como para mentir.

—Una banana y yogur.

—Mmm... ¿Y llamas a eso una cena?

—No. Pero no podía comer nada más.

Inspiró hondo y siguió hablando.

—Bueno, la espalda no creo que sea nada grave. Parece ser muscular. Te voy a derivar con un amigo mío. Creo que puede solucionar tu problema. Es fisioterapeuta y quiropráctico. Te voy a recetar un medicamento para proteger tu flora intestinal y tienes que tomar mucha agua y comer. Una comida decente, rica en proteínas e hidratos de carbono...

Marcos seguía dándole indicaciones pero ella se había quedado colgada en una sola cosa.

—Masajes, camillas... —dijo ella de pronto en un tono sombrío.

—¿Qué? —Preguntó él algo desconcertado. Cuando entendió a qué se refería, contestó asintiendo, mientras seguía llenando órdenes médicas.

—No gracias. Dame mis pastillas y voy a estar bien.

Él la miró con expresión autoritaria.

—Estas pastillas no te las voy a devolver. Aparte de darte sueño te pueden causar problemas en el hígado y hasta en el corazón y claramente has abusado de ellas.

No discutió más. Sabía cuando estaba hablando contra una pared.

—Quiero irme a mi casa.

—Te voy a llevar a tu casa pero antes tienes que comer y descansar. Ya vuelvo. Y no intentes escaparte de nuevo. —Antes de desaparecer, esbozó una sonrisa como que aquella orden hubiese sido una broma. Ella se tranquilizó un poco.

Le llevó comida al cuarto, un suntuoso guiso pero no pudo convencerla para que se quedara a descansar. Después que la observó terminarse el plato, la acompañó hasta su apartamento dos pisos más abajo.

Una vez ahí se aseguró de acostarla en su cama.

—Ana.

Silencio.

—¿Por qué te pusiste así de agresiva?

Ana no contestaba. Se limitó a apretar la mandíbula.

—Está bien, no voy presionarte. Voy a hacer una llamada.

Ana quería que se fuera. Se sentía invadida en su propia casa.

Marcos se fue de la habitación y se puso a hablar por teléfono paseándose por toda la casa. Al rato volvió a entrar.

—Bueno, mañana tienes consulta con mi amigo. Es a las ocho, te va a hacer el favor de quedarse fuera de hora.

—Puedes decirle a tu amigo que muchas gracias pero no voy a ir.

Él se pasó las manos por su rostro en clara señal de frustración.

—Ana, no me obligues a llevarte a rastras. Ya te dije que tomar esas pastillas sin control es peligroso. No te voy a hacer receta para unas nuevas. De verdad creo que mi amigo puede solucionar tu problema. ¿Por qué no quieres aceptar mi ayuda?

Ana también se estaba frustrando.

—Dejé que me revisaras. —Otra vez el escalofrío por la columna. —Pero fue sólo esta vez. No quiero que nadie más me vuelva a tocar, ¡ni tú, ni tu amigo! —Ya estaba gritando. —Ahora muchas gracias por todo pero te voy a pedir que te retires de mi casa.

Marcos no lo podía creer. Qué terca era. Pero enseguida la recordó hecha un ovillo en su cama, con la navaja en la mano, horrorizada y diciendo que no la lastimara. Estaba ocultando algo y ésta era su forma de mantener a todo el mundo alejado. Entonces se obligó a calmarse.

—Está bien. Por hoy te voy a dejar tranquila. Descansa. Mañana te vengo a ver. Y me tomé el atrevimiento de robarte las llaves para que no te levantes a cerrar. Mañana te las devuelvo. ¿Tienes alguna copia?

Ella asintió y él se fue rápidamente sin darle tiempo a ella de protestar.

Ana pensó dos segundos como haría para evitar que la arrastrara hasta el quiropráctico y dos segundos después, se quedó dormida.

Capítulo 4

Se levantó tremendamente adolorida. Medio doblada, fue a la cocina y entonces vio algo que la sorprendió: un desayuno descomunal.

Había torta de chocolate, medialunas, jugo de naranja, yogurt. ¿Estaba en otro apartamento? No, era el suyo.

Vio una nota: “Buenos días. Estuve a las 7 a.m. Tu heladera daba lástima así que te traje el desayuno. Cómelo. Nos vemos esta noche 7.30. Estate pronta. Tu médico de cabecera, Marcos.” Y estaba su número de celular anotado.

Ana sonrió ante ese buen aunque exagerado gesto.

A las siete ya estaba de vuelta en casa. La espalda le dolía mucho después de todo el día andando y sin sus pastillas. Había sobrado bastante del mega desayuno así que decidió terminárselo.

A las siete treinta golpearon fuerte la puerta.

Ana fue a ver y era Marcos. No había desistido.

“*Si no le abro me va a tirar la puerta abajo*” pensó.

Abrió la puerta y antes de saludar dijo:

—No voy a ir.

Se dio media vuelta y fue hasta el sofá. Parecía una vieja por cómo caminaba, doblada hacia delante y yendo extremadamente despacio.

—Se ve que estás mucho mejor —dijo él, sarcásticamente.

No la iba a dejar en paz y lo cierto era que estaba mucho peor así que, resignada, terminó por acceder.

—Ok. Tú ganas —dijo de mala gana, suspirando.

En el auto se sentía muy inquieta. No decía nada, sólo miraba por la ventanilla mientras anudaba sus dedos, nerviosa. Las imágenes de lo que había pasado hacía cinco años resurgían en su mente, hostigándola, torturándola.

Discutía consigo misma: no tenía por qué pasar lo mismo que aquella noche. Éste tipo era amigo de Marcos y aunque un poco necio, la había tratado bien, se estaba preocupando por ella. Pero, ¿y si pasaba?

¿Se iba a poner otra vez en esa posición? ¿Otra vez desnuda, en una camilla a merced de un extraño que le pusiera las manos encima?

No se dio cuenta de que estaba temblando de pies a cabeza. Apretaba con tanta fuerza sus dedos entrelazados que estaban blancos. Sintió la mano caliente de Marcos que cubría las suyas y ahí volvió de sus pensamientos. Lo miró y él le sonrió para calmarla.

Enseguida llegaron a la clínica. Se bajaron del auto y entraron.

La secretaria ya se estaba yendo y al pasar por al lado de ellos los saludó con un ademán. Le dedicó una sonrisita tonta a Marcos. A Ana le dio náuseas.

Se metieron por un corredor formado por paneles japoneses de madera clara que dejaban pasar una tenue luz y terminaron en una sala pequeña, muy acogedora. Si no se hubiese sentido tan amenazada lo hubiese apreciado.

Allí estaba el dichoso amigo, terminando de preparar la salita para atender a Ana. Marcos y él se saludaron con un abrazo y los presentó:

—Fabián, ella es Ana.

Ella no podía o no quería levantar la vista. Se sentía estúpida e infantil pero la aterrorizaba estar allí. El dolor que sentía en la espalda era cada vez más intenso y el dolor de su memoria tampoco disminuía.

Hizo un enorme esfuerzo por mirarlo y darle la mano, aunque fuera un saludo distante, era algo. Él le sonrió y le apretó la mano.

—Bueno, tengo que hacer unas cosas —dijo Marcos y se emprendió la salida.

—Pero, pero... —Se encontró balbuceando ella, sintiéndose abandonada, desprotegida. No sabía qué hacer. Estaba paralizada y temblaba. Entonces Fabián la tomó de los hombros y la invitó a que se sentara en una butaca que había en una esquina. Él se sentó en la otra.

—Dime Ana, ¿dónde te duele?

“*El corazón*” fue lo primero que se le ocurrió contestar.

—Mi espalda —dijo finalmente.

—¿Por qué no pasas detrás del biombo? Hay una bata para que te coloques.

Como una niña obediente fue detrás del biombo y empezó a desvestirse con dificultad por el dolor.

“*Como aquel día*” una voz en su cabeza resonó.

“*No quiero estar aquí, no quiero estar aquí. Tengo miedo.*”

Temblaba incontrolablemente, como si estuviera dentro de un freezer.

Como demoraba, Fabián la llamó.

—Ana, ¿estás bien?

No contestó.

—Ana, ¿puedo entrar?

No contestó.

Capítulo 5

Dio la vuelta al biombo y la vio acurrucada en un rincón con la bata puesta. La cerraba con fuerza sobre el cuello. Temblaba demasiado para la agradable temperatura que había allí.

—Ana, déjame ayudarte. —Le dijo en tono conciliador.

La levantó por los hombros y la sentó otra vez en la butaca. Le dio un té caliente de hierbas. Ella estaba absorta en un recuerdo del pasado. Empezó a hablar.

—Yo... yo no sabía que eso iba a pasar cuando fui. No es cierto que me lo estuviera buscando, no, no. —Fabián no entendía nada pero la dejaba hablar. —No tenía derecho a tocarme así, nunca se lo permití.

Empezaba a llorar, hundiéndose cada vez más en la butaca. Apenas sorbía el té.

Lo miró angustiada.

—No me lastimes.

¿En realidad se lo estaba diciendo a él?

—Pero me lastimó —dijo bajando de nuevo la mirada. —Yo sólo tenía diecisiete años. Me engañó. Me dijo que me sacara toda la ropa y me acostara. —Se le hizo un nudo en la garganta. No pudo terminar la frase pero ojeó la camilla con un escalofrío.

Fabián ya estaba entendiendo el origen de todas sus fobias.

Ana lo miró con los ojos abnegados en lágrimas.

—Lo siento. Lamento haberte hecho perder el tiempo pero no puedo, no puedo subirme a esa camilla —el nudo en su garganta se expandió e inmediatamente después exhaló y se largó a llorar.

Fabián tardó unos segundos en asimilar lo que le había ocurrido pero enseguida la consoló acariciando su espalda a lo que ella reaccionó tensándose por instinto.

—Apenas recuerdo como salí de allí y llegué a casa. Desde ese día casi nadie me ha vuelto a tocar. No dejo que nadie se acerque tanto.

Pasaron unos segundos de completo silencio. Ella se sentía extremadamente agotada y avergonzada. No se atrevía a mirar a Fabián a los ojos pero también sentía una extraña sensación de alivio. Ya no temblaba tanto y en dos sorbos más se terminó el té.

—Lamento mucho que te pasara eso —le dijo Fabián mirándola consternado e indignado, rompiendo con el incómodo silencio.

Ana respiró profundo al tiempo que intentó sentarse más derecha en la butaca. Un dolor punzante le atravesó la espalda desde el coxis hasta la nuca. Ahogó un grito de dolor que no pasó inadvertido para Fabián.

—¿Vamos a arreglar eso?

Ana dudó unos segundos.

—Pero... No puedo... —dijo mientras negaba con la cabeza.

—Ven. Acompáñame —habló él decidido, poniéndose en pie.

Ella permaneció estática, sin entender.

—No te voy a lastimar, Ana. Te lo prometo.

Ella lo pensó dos segundos y bajando la mirada, asintió.

Fueron hasta otra salita en donde había una de esas extrañas sillas de masajes, como las que hay en algunos aeropuertos.

—¿Podrías intentarlo aquí?

—Tal vez—dijo ella bajito.

—Hagamos la prueba.

Ella se mordió el labio inferior y finalmente accedió.

—¿Tengo que...? —dejó la pregunta por la mitad, tomándose el borde de la bata. Lo miraba suplicante y algo ansiosa. Él le sonrió complaciente.

—No. Puedes dejártela puesta.

Ella se relajó un poco más y se colocó en la silla.

Fabián se acercó a ella para comenzar con el masaje. Sentía un odio visceral por el enfermo que le había hecho eso a Ana pero ahora se tenía que concentrar en ella.

Empezó a tocarla suave al principio para que se acostumbrara a su contacto. Sentía como sus músculos se contraían una y otra vez. De a poco fue aumentando la presión, identificando todas y cada una de sus contracturas y se puso a trabajar para deshacerlas. Cada tanto le preguntaba si estaba bien.

—Sí —respondía ella cada vez pero con una voz diminuta, muy insegura.

Siguió con sus hombros y cuello. Al cabo de cuarenta minutos, volvió a hablarle.

—¿Cómo estuvo?

—Bien —contestó ella de forma tímida.

—¿Podrás soportar una última maniobra?

Ella asintió.

—Bien. Levántate y dame la espalda.

Ana obedeció al instante. Él se puso a sus espaldas y la rodeó con sus brazos. Era tan rápido en sus movimientos que a ella apenas la daba tiempo de anticiparlos. Le cruzó los brazos por encima del pecho y la abrazó levantándola del piso y estirándole toda la columna.

Cuando terminó se sentía como una muñeca de trapo. Entre la tensión del principio, el desahogo del medio y los masajes al final, apenas si sentía su propio cuerpo.

—¿Cómo te sientes?

—Podría dormir tres días seguidos —hasta le sonrió tímidamente.

—Eso es bueno —le sonrió de vuelta.

Volvieron a la otra salita para que Ana se pudiera cambiar y después fueron hasta la recepción. Allí llamaron a Marcos para que la fuera a buscar.

“*Marcos*” pensó. No quería que Fabián se lo contara. Ella lo haría pero no hoy. Quería preservar esta sensación de bienestar un poco más.

—Ana —la llamó mientras aún esperaban.

Ella lo miró.

—Gracias por haber compartido tu historia conmigo. Y no te preocupes que no le voy a contar nada a Marcos.

“*¿Me estaba leyendo el pensamiento?*”

—Gracias. Lo lamento, pero estar aquí revivió todos esos recuerdos —se estremeció. —Tenía que sacarlo, me estaba torturando demasiado.

—Está bien, me alegro que lo hayas hecho.

Minutos después llegó Marcos.

—Hola, ¿todo bien?

—Sí —respondieron al unísono. Se sonrieron de forma cómplice.

Marcos estaba atónito. “*¿Hace un rato la traigo casi arrastrada y ahora se intercambian risitas?*” pensó desconcertado.

—Bueno, gracias por todo —dijo Ana y le dio un abrazo un poco acartonado a Fabián que la correspondió con más afecto.

Marcos no salía de su sorpresa.

—De nada. Nos vemos la semana que viene.

Ella asintió. Salía de la clínica y se detuvo al darse cuenta que Marcos no la seguía.

—¿Nos vamos?

Él reaccionó.

—Sí, sí. El auto está abierto. Ya voy.

Ana salió.

—¿Qué le hiciste? —le preguntó a su amigo. —¿La hipnotizaste?

—No, sólo escuché —dijo riendo. Estudió su rostro por un segundo, frunciendo el ceño. —No estarás celoso, ¿no?

Marcos bufó.

—No seas ridículo. ¿Y? ¿Qué averiguaste?

—Doctor —le dijo en tono irónico —¿Usted anda desparramando las intimidades de sus pacientes? Sabes que no puedo decir nada de lo que pasa aquí dentro.

Marcos pasó fuertemente las manos por su cara en señal de frustración.

—Ok. ¿Pero averiguaste por qué es tan fóbica a que la toquen?

—Sí.

—¿Es lo que estoy pensando?

—No sé lo que estás pensando.

—Estoy pensando en violación.

A Fabián se le ensombreció el rostro. Apretó los dientes y le saltaron los músculos de la mandíbula. No pudo ocultar su ira.

—Mierda —dijo Marcos en una exhalación indignado.

—Habla con ella. No creo que tenga con quien desahogarse.

—Sí, claro. Gracias de nuevo.

En el auto Ana estaba perdida en sus pensamientos, completamente ida. A las pocas cuerdas se quedó profundamente dormida. Cuando llegaron, Marcos se bajó del auto, abrió su puerta, le desabrochó el cinturón y la cargó en brazos. Cerró la puerta del auto empujándola con el pie.

Ana despertó aún soñolienta y él la bajó en la puerta del edificio.

—Me quedé dormida —le sonrió tímidamente como pidiendo disculpas.

Entraron en silencio al edificio y después al ascensor.

—Gracias por llevarme, por obligarme a ir. Me hizo muy bien.

—Me alegro. Escuché que vas a volver.

—Sí, Fabián dice que va a tomar varias sesiones hasta que esté bien del todo.

Llegaron al apartamento de Ana. Él se bajó del ascensor también.

—¿Pusiste algo en tu heladera?

—Sí, hoy fui a hacer las compras. El desayuno... gracias, estaba delicioso pero... —Él se adelantó y le entregó las llaves en la mano.

—Discúlpame por haberme metido en tu casa. Quería asegurarme de que te alimentaras.

Ella le sonrió.

Él se estaba empezando a enviciar con aquella sonrisita tímida.

—Estás disculpado.

Abrió la puerta y entró a su casa.

—Ana... —la llamó

—¿Sí?

—Estoy aquí para cuando quieras hablar, de lo que sea.

Ana se sonrojó. Avergonzada miró al piso.

—Gracias —le contestó casi inaudible y cerró la puerta.

Se quedó recostada tras la puerta cerrada mientras oía unos segundos después que Marcos se alejaba para meterse en el ascensor. Su mente iba a mil por hora.

“¿Cómo se lo voy a decir? ¿Lo voy a invitar a tomar un café? ¿Sabes una cosa? Cuando tenía diecisiete años un perverso me violó en su mesa de masajes. Fue mi primera experiencia sexual así que por eso no dejes que nadie me toque ni

mucho menos me haga el amor. Ni siquiera yo me toco de esa manera. Ni siquiera eso. No, no puedo. Pero voy a tener que encontrar la manera porque por lo poco que lo conozco me parece que no va a parar hasta averiguarlo.”

Capítulo 6

Al día siguiente se levantó fresca como una lechuga. La espalda dolía muchísimo menos. Era domingo y no tenía que ir a trabajar. Se pasó la mañana arreglando su casa. Cuando paró para almorzar se encontró pensando en Marcos.

“Qué autoritario que es, siempre dando órdenes. Supongo que es por su profesión. Pero a su vez es muy dulce, ¿esa es la palabra? No sé si tanto. Protector, sí. O tal vez es sólo conmigo. ¿Qué estoy pensando? ¿Tratando de descifrar al doctor? ¿Qué importa cómo es él o conmigo? Salvo que sí importa con todo lo que ha pasado en los últimos dos días. Y presiento que lo voy a tener que encarar para contarle mi historia, el porqué me comporté como una psicópata en su apartamento.”

Estaba tan concentrada en sus razonamientos que no escuchó los golpes de la puerta hasta que fueron muy fuertes y agregaron su nombre.

—Ana, ¿estás ahí? —era él. ¿Lo había llamado con el pensamiento?

Abrió la puerta, sonrojada y mirando al piso.

—Hola.

—Hola. Pasa, voy a lavar los platos.

—Bien —dijo como aprobando lo que Ana acababa de decir.

Apoyó su maletín en la mesa y fue cuando ella lo notó. Frunció el ceño. “¿Me va a revisar de nuevo?” Lo miró con recelo.

—Estoy mucho mejor. No necesito que me revise.

Sin decir nada se levantó de la mesa y se puso detrás de Ana. Ella podía sentir su perfume, envolviéndola, invadiendo sus sentidos. Sin ser muy consciente de ello, inhaló hondo para llenar sus pulmones con su esencia. Sentía aumentar la temperatura de su cuerpo y cómo su respiración cambiaba de ritmo.

—Ana —la llamó casi en un susurro haciendo que se exaltara. Ella se dio vuelta.

“Se ve tan preocupado, ¿por mí?” pensó ella extrañada.